

opticks n°8
CAPRICHOS
noviembre 2011



Índice

PORTADA

EDITORIAL

EVA VÁZQUEZ

ANDREAS SMAALAND

JORDI LAFEBRE

PIERRE JAQUIER

BILLY PLUMMER

CHRISTINA UNG

KIKE MAÍLLO ("EVA")

MARTIN TURNER

TAKESHI HOSAKA

MIGUEL CERRO

EL COLUMPIO ASESINO

III PREMIO OPTICKS PLUMIER

BROOKE SHADEN

SONIA PULIDO

M^a JOSÉ ALÉS

ROSENDO MARTÍNEZ RODRÍGUEZ

PRÓXIMO NÚMERO

Editor y Director Octavio Ferrero Punzano
Maquetación y Programación José Antonio García Iváñez
Sección Arquitectura Vicente Ferrero Punzano
Sección Fotografía Eduardo Mozos
Sección Música Fernando Miró
Sección Poesía M^a José Alés
Edición Vídeo Octavio Ferrero y Jose Antonio García

Editado en:
C/Doctor Waksman, 5-2D
03440 Ibi (Alicante)
inbox@opticksmagazine.com
ISSN 2174-4904

Colaboradores: Ricardo Bellveser, Luís Casado,
Mónica Carrizo, Kiko Sanjuán, Mila Punzano Gisbert,
Raúl Cornejo, Quico Miró, Rafa Simons,
Lorena Fernández Valero

Diseño Logotipo Vicente Ferrero
Portada / Contraportada Jordi Lafebre



Editorial

Caprichos

Por Octavio Ferrero

- El Capricho de Arena es una especialidad de una pequeña región del norte en la que apenas sale el Sol dos semanas al año.

- ¡Vaya lugar!

- Un lugar mágico, sin duda. Los caprichos... Se necesita un cuenco. Los de allí ocupan el espacio que deja la mano al abrazar una manzana, y son de suave y deslizante madera de coco.

- ¿Cómo hay cocos en un lugar en el que no existe el Sol?

- Los hay. El recipiente es importante pero no exclusivo, podemos solucionarlo. El aceite es lo que me preocupa, pero eso ya lo veremos más adelante.

Pon la mano así, con la palma hacia arriba, como si quisieras retener agua de lluvia. Muy bien.

- ¿Y por qué mi mano?, no entiendo nada.

- Es tu Capricho, lo haremos con tu mano.

A los Caprichos de Arena se los conoce también como Suspiros.

El día en que Marco me confió la receta, no estaba en absoluto receptiva, así es que su fórmula desapareció con él y yo sólo recuerdo el cálculo ridículo de granos de sal y los pellizcos graciosos que me dio en la palma de la mano al removerlo todo.



Ilustraciones: Eva Vázquez

El Capricho se evapora en el interior de la boca. Apenas acaricia la superficie de la lengua cuando se estrella en una ligera y centelleante efervescencia contra el paladar, antes de colarse en los pulmones, con un chasquido que obliga a los párpados a abrirse en un éxtasis ciego.

Después olor, sabor, oído, tacto. Mi Capricho lo utilicé en conocer a Marco. Apenas treinta minutos para viajar por entre sus recovecos, para unirme al ritmo de su latido y rendirme a la presión infinita de sus caderas.

Marco, sin embargo, gastaba sus Caprichos en la construcción de historias en las que apenas había participado en un principio como espectador.

En París, fue su Capricho una violinista que se apostaba ocho horas diarias en una de las salidas de la estación de metro Porte Maillot. Su violín chirriaba estridente y molesto a la vuelta de una de las escaleras que dirigían a la plaza. Allí aparecía la muchacha del este, serena, con el instrumento entre las manos y ligeramente apoyado en la barbilla. Su piel resplandecía blanca y tersa. Sus ojos del "mismo color del cielo que cubriese aquel día", apoyaban una agradable sensación de acogimiento.

Hacía sonar siempre las mismas piezas, apenas un repertorio de dos o tres melodías exageradamente malsonantes.

Marco describió esas piezas, a través de su Capricho, como un lenguaje de sonidos descompuestos, en el que las notas que no se percibían, eran el mensaje cifrado que al ser reconstruido, embriagaba en una fantasía difícilmente alcanzable de otro modo.

Marco atendió cientos de veces, bajo sus caprichos, a aquellos mensajes delirantes. Después fue la muchacha del violín la que se encaprichó de Marco.

Creando en la eventualidad de que Marco hubiese actuado con la muchacha del violín del mismo modo que conmigo, poco



después de su definitiva desaparición, decidí viajar a París. Mi intención era firme, conseguir la receta del Capricho, alargar tantas veces como pudiera mi último encuentro con Marco.

El viaje fue en vano, y mis intentos por encontrar a la violinista, totalmente inútiles. Al tercer día de vagar por el metro, contemplé la posibilidad de que ella también estuviese buscando a Marco, que anduviera detrás del Capricho lejos de París. Y abandoné la búsqueda.

Meses antes de nuestro encuentro, escudándose en uno de sus innumerables viajes, Marco había llegado a la ciudad de Londres atraído por un Capricho.

En un banco de madera anodino, ubicado en el chaflán que resulta de dos pequeñas calles cercanas al Palacio de Lambeth, Marco observó la progresión de un joven bien vestido, con algunas decenas de kilos de más, el pelo desgreñado aunque limpio y una barba realmente cuidada que le llegaba al primer botón de la camisa.

Le llamó la atención verle todos los días que pasaba por allí, solo, bebiendo a ritmo pausado una cara botella de champagne. Se levantaba de vez en cuando, paseaba un poco sin alejarse demasiado del banco para volverse a sentar minutos más tarde.

Marco contaba cómo en su primer encuentro, el joven de la barba le preguntó la hora con refinados modales y exquisito ritmo de dicción. Llevaba una copa en la mano, la botella aguardaba en el banco, eran las once de la mañana y Marco contestó cortésmente a su pregunta.

El chaflán del banco del joven de la barba, no era un itinerario frecuente para Marco, pero aún así, persiguió pasar por allí con certera regularidad.

- ¿Sabría usted decirme la hora que era el primer día que le pregunté por la hora?

Habían pasado varias semanas, Marco lo sabía y le contestó a las dos de la tarde, poco después de comer en un restaurante del centro.

Argumentó la presencia del joven como un estudio personal del que no podía imaginar los porqués ni el resultado.

El segundo encuentro estableció una marcada serie de cambios. Primero en la bebida; el champagne se había convertido en vino. Después en el comportamiento; aturdido y cabizbajo, le susurraba frases al suelo, ante el pasmo de algunos viandantes que le evitaban alarmados.

El aspecto, sin embargo, no cambió un ápice. Su presencia seguía siendo imponente y su vestimenta impoluta.

El Capricho, en esta ocasión, le permitió a Marco descubrir el flujo incondicional de miles de personas que a diario transcurrían por aquellas calles. El magnífico conjunto de variedades que se desplegaba un día cualquiera ante sus ojos.

El balanceo de los brazos, las miradas furtivas al cielo para medir las posibilidades de lluvia, el repiqueteo de los tacones acunados por una orquesta de motores disparatados, los semáforos, las conversaciones persona a persona, en grupos, a través del teléfono móvil. El caos seguía un orden, una danza invisible preciosa y precisa, y por raro que pudiera parecer, bella, hermosísima.

En efecto, el joven de la barba asistía a aquel espectáculo e intentaba razonarlo, medirlo, analizarlo. Y Marco, con su decisión de hacerle partícipe del Capricho, le describió una nueva ventana desde donde poder interpretarlo.

También viajé a Londres, aunque sin ninguna esperanza, y sin necesidad de ella.

He reunido libros en varios idiomas. He intentado buscar de todas las maneras imaginables algún lugar remoto en donde crezcan cocoteros y apenas asome dos semanas al año el Sol.

He seguido el rastro de Marco, el de sus historias delirantes, el de su excéntrico mundo y el de sus pintorescos personajes.

Incluso he vuelto al origen, al porqué.

Marco decidió compartir conmigo uno de sus Caprichos sin más magia que haber tomado durante varias semanas decenas de cafés en la terraza del bar donde trabajaba como camarera.

Al parecer, le dediqué una sonrisa. -"Sonríes con la mirada"-, me dijo al tomarle el pedido.

Después le perturbó reconocer que aquella sonrisa no le pertenecía, que era capaz de administrarla a mi antojo, y que mi antojo era amplio y poco excluyente.

Luego vino el cortejo, las historias contadas a última hora de la noche, al tiempo que recogía las mesas; las fábulas, que al principio me divertían y que terminaron por embaucarme. Y así, por último, llegó la noche de mi Capricho.

Lo cierto es que no sé demasiadas cosas acerca de Marco, tampoco sobre sus caprichos. Aproveché el mío, y desperdiqué la ocasión de disfrutar por más tiempo de sus efectos. Aunque estoy convencida de que no podré detenerme hasta lograr de nuevo acariciar esas sensaciones. Me encuentro a la deriva, persiguiendo un Capricho de Arena.



Andreas Smaaland

<http://www.flickr.com/photos/half-bluff/>













Jordi Lafebre

El volumen de las emociones

Por Fernando Miró

En uno de los panoramas más esperanzadores de la historia del cómic español, en el que son muchos los guionistas y dibujantes que logran sacar sus obras a la luz del mercado europeo, americano y, lo que quizás sea aún más difícil, el español, el dibujante Jordi Lafebre ha irrumpido como una de las realidades más interesantes y prometedoras de los últimos años, especialmente de la mano del guionista francés afincado en nuestro país Benoît Drouie "zidrou", con quien ha publicado recientemente "Lydie", una historia muy del gusto del galo, melancólica y sentimental pero con trasfondo de esperanza, excepcionalmente dibujada por un catalán que logra, como pocos, retratar a sus personajes por medio de sus sentimientos. Opticks ha estado con él para hablar de un bebé muy difícil de pintar (spoiler), pero también de sus primeras obras en solitario en cómics colectivos y de sus otras aportaciones en el mundo de la ilustración o el cine. En realidad, para hablar un poco con un dibujante que da volumen a las emociones.

El hecho de que hayas trabajado en el mundo de la ilustración, de que hayas colaborado en proyectos cinematográficos junto a tus trabajos en el mundo del cómic, me hace pensar si es ese tu lugar de inicio o más bien pasaste de la ilustración al cómic.

Es difícil responder a esa pregunta, pues cuando comencé no



existía en España "el mundo profesional del cómic". Lo que yo tenía claro, desde que era muy pequeñito, es que quería dibujar, pero en los ochenta y a principios de los noventa, no había algo parecido a una profesión de dibujante de cómic. Quizás ahora sí, aunque sea complicada, pero en aquél momento nadie hablaba sobre esa posibilidad. Los cómics existían, yo leía a Asterix en los libros y veía a Son Goku en la tele, pero parecía como que los dibujos aparecieran solos sin nadie que los dibujara. En realidad, yo descubro la posibilidad de dedicarme al cómic cuando entro en la escuela Joso, que además estaba casualmente muy cerca de casa. Es entonces cuando me doy cuenta de que existe una profesión de dibujante de cómics y, aunque allí nos dicen "ojo, que es muy difícil", tomo ése como referente para el futuro sin rechazar el trabajar en otras disciplinas, dado que el mercado era entonces una quimera y sólo vivían de dibujar cómics dos o tres que tenían que hacer "spidermans" para el mercado americano. Y, respetándolo mucho, no era eso lo que yo quería dibujar.

¿Y qué querías dibujar? ¿Qué es lo que descubres, qué tipo de cómic, qué marca tu vehículo expresivo?

La verdad es que hay un cómic concreto que para mí supone un antes y un después. Durante algún tiempo me daba vergüenza decirlo, pero ahora que he tenido la oportunidad de conocerle personalmente, me gusta admitir que marca mi carrera. Se trata de "Trazo de tiza" de Miguelanxo Prado, que es un cómic que está increíblemente bien dibujado y que me enseñó la posibilidad de contar otro tipo de historias. Aunque ahora parece que lo de la novela gráfica es de siempre, en aquél momento no eran tantos los cómics bien dibujados, con gráficos espectaculares, fuera del género de las aventuras o los superhéroes. Al leer "Trazo de tiza", yo pensé algo así como ¡Ah!, ¿se pueden hacer cómics así?, ¡Pues esto es lo que yo quiero hacer! Y a



partir de ahí ya comienzo a buscar y después es como uno se va aficionando: un cómic te lleva a otro, este dibujante a aquél y así vas descubriendo que fuera de las aventuras y más cerca de las historias personales, digamos adultas, también se podían contar muchas cosas con un buen dibujo.

Lo cierto es que parece que tu forma de dibujar está hecha para eso precisamente. Tu dibujo tiene una capacidad expresiva a través de unos trazos que definen perfectamente los volúmenes ¿Estarías de acuerdo en que esa es tu principal singularidad? Y, aunque sea una pregunta complicada, ¿Por qué crees que dibujas así?

Si te parece te respondo de otra forma. Yo vengo del dibujo humorístico, ese es mi ADN, entre Jones y Uderzo, de ahí creo yo que viene esa tendencia a dibujar con volúmenes. Y eso es lo que al principio yo hacía, humor en el sentido puro y estricto; si bien, no con trazo suelto sino gráficamente muy construido. Y es cierto, sin embargo, que siendo ese mi dibujo, no eran de humor las historias que más me interesaban. Hay un punto de



inflexión en mi carrera, es cuando conozco a Zidrou. Yo estaba haciendo una historia de humor, una cosa estrambótica de frutas y verduras, y cuando comienzo a trabajar con Benoît, tenemos una conversación en la que me enseña mis errores, me muestra cómo no todo dibujo, aunque sea bueno, sirve para expresar cualquier sentimiento, y me enseña a entender los cánones del cómic franco-belga y a ver las posibilidades de mi dibujo para contar ese tipo de historias. A partir de ahí, corrigiendo cosas estéticas, empiezo a trabajar en un dibujo lo más realista posible, viniendo del cómic de humor, pero tratando de transmitir lo que es más importante para mí.

¿Qué es?

Las emociones de los personajes. Cuando tengo un guión en el papel, trato de comprender lo que le pasa por la cabeza del personaje: si siente angustia, si está contento, triste, si tiene frío o

no sabe qué hacer. Y si no sabe qué hacer, yo comienzo a pensar en cuál es la expresión de "no sé qué hacer", y construyo toda la viñeta, toda la escena, a partir de esos sentimientos.

Le das volumen a los sentimientos...

Diríamos que sí. Sería la combinación entre ADN humorístico y la especial atención a los sentimientos del personaje lo que hace que mi dibujo pueda tener fuerza expresiva que hace que la gente se sorprenda y que diga qué es esto.

Lo cual concuerda con las historias de Zidrou, muy cargadas de sentimientos. Eso me lleva a preguntarte por la relación con él y, más en general, por la relación con los guionistas. ¿Es necesaria una compenetración especial con el guionista, dado que tienes que expresar con tus dibujos los sentimientos que ellos definen en sus personajes?

En mi caso, con guionistas externos he trabajado sólo con dos y no puedo dar claves generales sobre lo que se puede o no hacer. Si te soy sincero, con los dos he tenido la infinita suerte de compenetrarme totalmente, de entender lo mismo. Para mí, esa es la clave. Con Benoît, una hora después de conocernos, ya parecía que fuéramos amigos de siempre, los dos pensábamos lo mismo y sabíamos lo que queríamos hacer.

Por otra parte, hay que ser sincero y reconocer que un buen guión ayuda mucho. Hay personas que piensan como tú, pero que si no tienen la capacidad de hacer un buen guión técnico, te ponen las cosas mucho más complicadas. Benoît es un gran guionista, te ofrece en cada viñeta un sentimiento concreto y, si el dibujante está atento, puede transmitir eso fácilmente. Para mí, la metáfora perfecta es la del fútbol de "un buen pase es medio gol". Pues en este caso un buen guión es media viñeta buena.



En todo caso, ya has escrito cosas y dibujado en solitario pequeñas historias en cómics colectivos como My Favourite Things, o en el reciente volumen sobre el fenómeno del 15 M "Revolution Complex". ¿Para cuándo una obra en solitario? ¿Lo tienes pensado, piensas más bien que es un proceso natural o estás decidido a hacerlo dentro de poco?

Bueno, sí, lo tengo en mente, lo tengo previsto; es uno de mis deseos, es una de mis ambiciones, y si bien no te puedo decir "lo voy a hacer seguro", como no puedes hacerlo con nada en la vida, sin duda es algo que quiero que pase. Pero precisamente porque soy muy ambicioso, no tengo ninguna prisa.

Yo lo que no voy a hacer es un guión malo, eso no me lo voy a permitir. Me gusta mucho escribir, respeto demasiado el oficio de guionista como para escribir cualquier cosa y, dado que soy dibujante, ya lo arreglaré dibujando, no, no. Puedo tardar lo que sea para escribir un guión, pero cuando lo termine, tiene que gustarme. Tengo muy claro que mi oficio es el de dibujante, eso es lo que soy, sé cuando una cosa está bien o está mal, puedo corregirla, conozco las técnicas y sé las claves. Con el guión eso no me pasa, sigo siendo un aspirante, no soy un profesional. Y sí, mentalmente tengo proyectos de hacer una obra entera yo solo, pero mi guión tendrá que competir con otros guionistas que quieran dibujar conmigo, habrá empate técnico, no habrá enchufes, será bueno o no será. Por cierto, ahora me tienes que responder tú qué te han parecido mis historias cortas.

Me han gustado mucho, y me llama la atención dos cosas: que cambia significativamente el dibujo respecto a lo que haces con Zidrou, y la fuerza que tiene el diálogo entre dos personas en ambas historias, aun siendo muy distintas.

Para empezar, el cambio de registro, de estilo, te voy a ser muy

sincero, viene en primer lugar del presupuesto. Para proyectos de este tipo siempre es más complicado que cuando tienes mucho más tiempo. Además, en historias cortas de este tipo quizás no necesitas la elaboración de otro tipo de historias. Quizás, la comparación sería entre la prosa que necesita una novela y la que necesita un artículo de periódico: la fluidez y la recreación son distintas. Tratándose de historias cortas y de encargos para este tipo de obras yo quería un dibujo fluido. Y en cuanto a lo que dices de los diálogos, es cierto. Yo me siento muy cómodo, porque para mí es donde están los sentimientos, dibujando diálogos entre personas. A través de lo que dicen encontramos más cosas, pensamos en lo que sienten y el dibujo tiene que ayudar a llevarte más allá de lo que está pasando aparentemente. No sé lo que pasaría con una historia más larga, hay muchas cosas en el cajón, pero seguro que el diálogo tendrá su peso.

Para finalizar, Jordi, quería preguntarte por tu relación actual con los cómics como lector ¿Los disfrutas o sólo los analizas en términos de comparación profesional?

¡Qué va!, yo disfruto muchísimo un buen cómic, para mí un cómic que no me he leído es un auténtico deleite. El problema es que no hay tantas cosas que me sorprendan porque no puedo desenchufar completamente mi parte profesional. Me pasa con el cine y la televisión, analizo las imágenes y todo. Pero cuando encuentro un cómic que me va a gustar, busco mi lugar en el sofá y es como una fiesta. Con el último que me ha pasado ha sido con el Blacksad 4 de Canales y Guarnido, para mí es algo casi patológico. Disfruto como el chaval que leía de pequeño, pero entendiéndolo y valorándolo todo mucho más, respetando al máximo la profesión.





Homenaje a Pierre Jaquier, dit “Mathias” (1949-2010)

Por Quico Miró Reig

Estimado lector, quisiera que hiciese un viaje imaginario al lejano pero íntimo rincón de la lutería. Un increíble mundo donde nace la arquitectura sonora, nace una voz, nace una personalidad y nacen infinitas ideas.





A continuación, le presento una breve exposición gráfica del trabajo que realizó Pierre Jaquier *dit Mathias*, luter que desgraciadamente falleció a causa de una esclerosis lateral amiotrófica. Toda su vida la dedicó en cuerpo y alma a la lutería y a la música; de hecho, abandonó sus trabajos como restaurador en el museo de París para poder construir sus propios instrumentos, en su mayoría barrocos, en un lugar de mayor recogimiento: Cucuron (Provenza, Francia). Fue allí, en su Atelier des Quatre Couronnés donde esculpió algunas de las cabezas que puedes contemplar en estas imágenes.



Trabajó para los músicos más representativos de la interpretación historicista de hoy en día, como Christophe Coin, Amandine Beyer, Marianne Muller, Itziar Atutxa, Juan Manuel Quintana, Jean Louis Charbonier, etc. Asimismo, construyó los instrumentos para la película *Tous les Matins du Monde* de Alain Corneau con Gérard Depardieu y banda sonora dirigida por Jordi Savall. Publicó un método de viola de gamba junto a Jean Louis Charbonier, *Art de Jouer la Basse de Virole*, destacando también sus escritos para los libretos del sello Glossamusic. Pero su dedicación a la música no terminaba ahí, pues también dirigía de modo altruista el coro de Cucuron y sabía tocar la viola de brazo.



Cuando su enfermedad le impidió trabajar la madera, intentó por todos los medios que su taller siguiese funcionando. Su voluntad fue respetada y a día de hoy el taller continúa vivo con Marieke Bodart al frente.

Espero que disfrute observando las preciosas esculturas sonoras de este polifacético artista, cuyas obras nos revelan la búsqueda infinita de la perfección y el detalle, así como una visión intimista y refinada del imaginario mitológico.



Courante Suite en Sol Mayor BWV 1007. Viola. Quilco Miró



Estimado Mathias:

Te escribo hoy porque hace justo un año que te fuiste.

Todavía recuerdo con mucho entusiasmo el día en que te conocí. Mi tío Jesus Reig me mostró algunas cartas con fotos de tus instrumentos y me cautivaron enormemente por lo que aguardaba con gran expectación tu visita. Fue una gran suerte que os conocieseis frente a la *Marquesa de la Solana* de Goya en el Louvre y entablarais tan buena relación. Aquel día, después de que mi abuela nos tocara un poco el piano y yo lo intentara con el violín, me preguntaste si querría construirme un violín. - ¿Un violín?! - dije yo con la ignorancia e inocencia de mis doce años. Pero, como no me molestaba cambiar las cuerdas viejas que se rompían del violín de mi abuelo, me dispuse a devolveros la visita.

El verano de 1992 pasé unos veinte días increíbles en tu taller, participé en el concierto del coro de Cucuron y me construí, con tu ayuda, un violín mudo. Rodeado de las bellas cabezas que decoran tus violas supe que no sería fácil diseñar mi violín, pero una fugaz idea me vino a la mente para utilizar un animal que pudiese moldear fácilmente. Gracias, Mathias, por haberme dado la oportunidad de construirme el violín de serpiente. Contigo aprendí unas nociones básicas de lutería que hoy en día aprecio enormemente. También conocí al "Cuarteto Mosaïques" y a Juan Manuel Quintana. En Cucuron pasé un tiempo muy completo y muy atractivo para quien quería ser violinista como le prometió a su madre.





Ese año, tomé la decisión de que mi futuro violín lo construirías tú. Me fascinaste como persona y luthier, me demostraste que eras muy exigente, creativo, investigador, detallista, paciente, espiritual, trabajador, nunca encontraré suficientes palabras para describirte. Siempre intentaste llegar un poco más lejos, nos lo demostraste con tus cualidades de luthier, músico, director y escritor, sin duda te cultivaste en todas las artes de forma brillante. Brillante es el violín moderno que recogí en 1995 de tu nuevo taller, también construido por ti mismo, *L'Atelier des Quatre Couronnés*.

Siempre estaré en deuda contigo por motivarme a hacer más y mejor mi trabajo. ¿Recuerdas el día en que dijiste que harías un instrumento para mi tío Jesús a cambio de un cuadro suyo? Mi tío escogió un violín para que yo lo tocara y yo un violín barroco porque eras un apasionado y especialista de la música barroca. Tu original idea nos embarcó a los tres en un gran proyecto.



Fue como una semilla que germinó con el violín barroco de 2008 y creció con el cuadro "Cántaro y taburete españoles" que Jesús Reig pintó para nuestra querida familia *Jaquier*. Ahora, me toca a mí ponerle cuantas hojas sean posibles, ya que tu gran idea no deja de dar frutos desde que nació.

Y no fue ésta la única vez que me comprometiste con mi trabajo. En las navidades de 2010, cuando ya sabías que emprenderías un viaje sin retorno me prestaste tu viola barroca. - ¿Una viola? Pero si no soy violista!- Entonces me dejaste sin palabras cuando me dijiste que tú, debido a tu enfermedad, aún la podías tocar menos que yo.

Estimado Mathias, me acogiste cuando era un niño, me ayudaste en mi educación musical y me diste trabajo para nunca terminar. Solo lamento no haber trabajado más a tu lado. Gracias por haberme dejado tus recuerdos para "Todas las mañanas del Mundo".









Billy Plummer

<http://www.flickr.com/photos/billyplum/>









Christina Ung

<http://christinaung.com/>















Kike Maíllo

Director de *Eva*

“Eva tiene una gran carga de melodrama”

Por Raúl Cornejo

Tras su triunfal paso por la Mostra de Venecia Eva ha cosechado grandes críticas y un premio del público. A pesar de ello, ¿tiene nervios por su estreno?

Muchos. Es más tras estos logros los nervios se acrecentan. Uno querría tener una máquina del tiempo y tirar hacia delante como mínimo dos meses y ver que ha pasado. Estar en capilla es terrible.

Ha sido un asiduo del Festival Internacional de Sitges. ¿Siente más responsabilidad por abrir el certamen?

Yo creo que uno siente más responsabilidad cuando presenta algo ante los suyos. Presentar algo ante tu familia te hace sentir como más frágil ya que conoces a la gente y sinceramente te van a decir lo que piensan. De todas maneras quiero mucho al festival, es uno de los mejores del mundo y es un lugar donde se mima mucho al cine sin más aspavientos de ver cine por amor al cine.

Eva es un proyecto completamente único en el cine español ¿Cómo surge este proyecto tan arriesgado?

Yo pertenezco a una generación que ha crecido con un tipo de cine donde la magia era un elemento palpable y cotidiano como



eran los blockbusters americanos de los ochenta. El proyecto nace de una sensibilidad que comparto con muchos de mis congeneres, directores y guionistas de cine. Por ahí me parece lo más natural lo raro es que no haya salido antes en nuestra cinematografía. Sí que es verdad que nosotros en nuestro país tenemos cierto miedo a algunos géneros porque no los solemos tocar además del cliché de que no sabemos hacerlo. Yo creo que cuando saltas ese muro hay mucha gente al otro lado esperándote y eso es lo que hemos sentido. En cuanto rodamos el primer teaser mucho antes de escribir el guión mostrando por donde iría la estética de la película mucha gente se adhirió al proyecto por eso no fue mas difícil de financiar de otros proyectos en España a pesar de ser un proyecto más caro que la media.

¿Cuál ha sido el asesoramiento científico de la película?

Nos inspiramos en cómo van las tendencias actuales de la robótica. Yo estudié ciencias, el productor ejecutivo es físico... todos hemos acabado en el cine pero tenemos una sensibilidad científica. Nuestro asesoramiento vino de asistir a jornadas robóticas en Barcelona, mucho tirar de Internet y después entrevistas con la persona coordinadora de robótica de la UPC (Universitat Politècnica de Catalunya). Un poco sabiendo cuales eran las puntas de lanza de la investigación robótica ahora mismo e intentado ir un poco más allá. Creo que la ciencia ficción debe de tener una parte de base real y científica pero sobretodo de adonde nos gustaría llegar.

¿Todo lo que se ve en Eva se podrá realizar en el futuro?

Estamos muy lejos todavía. Si que es verdad que en robótica nos hemos encontrado todavía con más problemas de los que creíamos y que en el 2010 íbamos a estar más adelante de lo

que estábamos. La máxima aspiración de la robótica es emular la condición humana pero la condición humana es muy compleja. Por eso todavía estamos muy lejos.

La preparación de Eva puede recordar a la que hizo Stanley Kubrick en 2001. ¿Realmente os habéis preparado a conciencia para darle a la película una gran dosis de realidad?

Todo está muy basado en la tradición de la literatura robótica. Hay mucho de Asimov, K. Dick y Kubrick. Más allá de eso hay mucho melodrama. Nuestra idea en la película era contar como iban a ser los robots sociales no los robots esclavos sino que componentes debían variar para que tu Iphone deje de ser un esclavo y empiece a ser un Iphone social.

¿Se podrían dirigir a robots en una película como a los actores?

Pasará. No sé si yo lo veré pero pasará. Ocurrirá que habrá un arte que se base en la robótica. En realidad ya lo hay a nivel de cuadros en exposiciones. Y pasará lo mismo con la interpretación.

Eva tiene un reparto de lujo (Daniel Brühl, Lluís Homar...) ¿cómo vivieron la experiencia de rodar un proyecto tan distinto?

Estuvieron siempre muy interesados. Por ejemplo una estrella como Daniel Brühl nunca había hecho una película de ciencia ficción y eso le motivo a hacer nuestro proyecto. Además a todos se les veía muy interesados en la parte científica. Y en el caso de Lluís Homar es que directamente es un robot y eso fue un reto porque se podía pensar que podía quedar mal y está fantástico en la película.

Martin Turner

<http://www.flickr.com/photos/martinturner/>



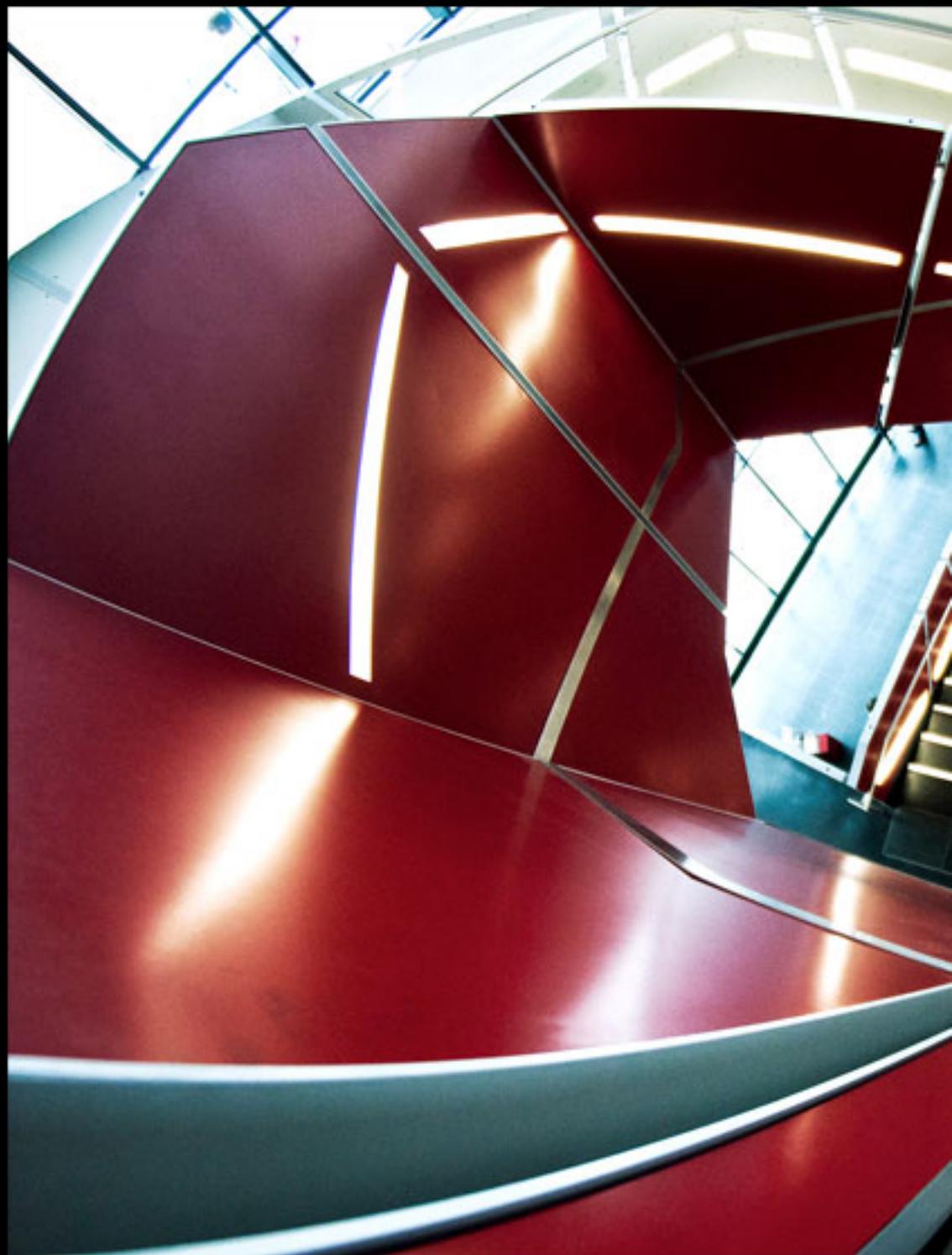
















Takeshi Hosaka

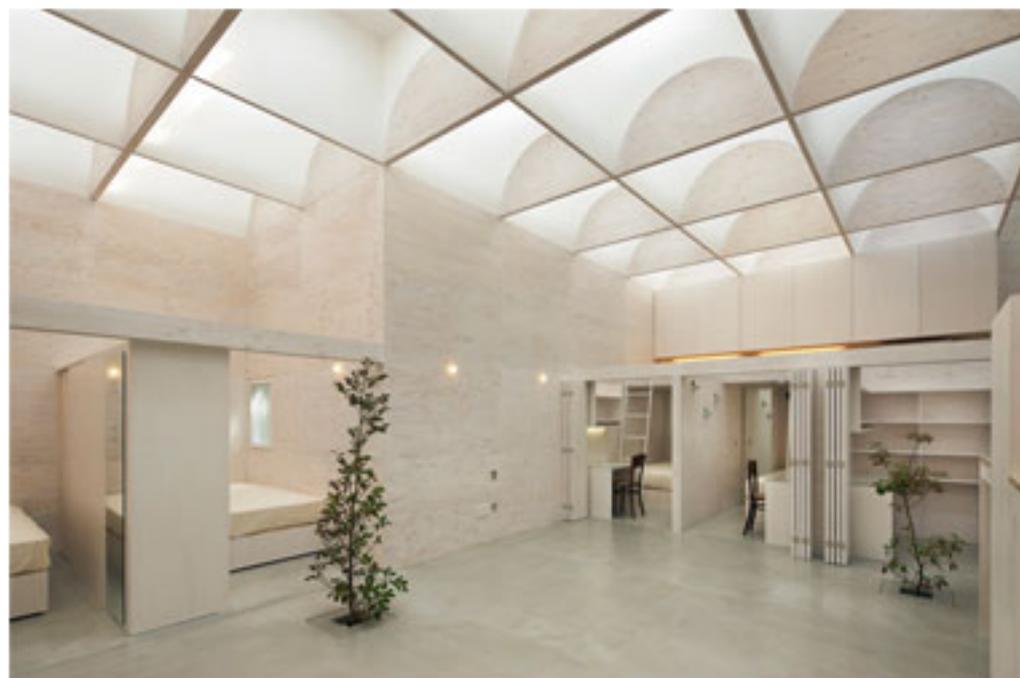
<http://www.hosakatakeshi.com/>

DAYLIGHT HOUSE Cuando todo parece flotar

Por Vicente Ferrero Punzano

Algo así como entrar en un espacio y parecer no haber entrado, algo así como sentir la libertad de no tener nada por encima y recurrir al cielo como techo, algo así como un capricho, aquello que nunca sabes por qué se acaba teniendo pero que acaba por colmar tus necesidades.

Esta es una casa cuyos habitantes viven bajo la luz natural del cielo. Un lugar situado a cinco minutos de la estación de tren, heterogéneo, rodeado de una mezcla de viviendas aisladas, edificios residenciales de diez alturas y oficinas. Y así es como nace este lugar, en un valle entre edificios, donde la luz que llega hasta el fondo lo hace de un modo preciso, y en este punto una pareja con dos niños planificó construir su casa.



Una estructura básica modula la superficie del lugar, y transforma el volumen que cubre en un único espacio que distribuye el programa de necesidades, donde el objetivo es sentir la extensión del techo, del cielo, desde cualquier lugar de la casa.

La luz de veintinueve claraboyas instaladas en la azotea, ilumina el espacio con una luz suave, que de forma difusa baña el espacio interior por medio de los platos de techo curvos. La luz directa se manipula con la cuadrícula estructural mostrando una imagen de sensación visual sobre el techo curvo acrílico.

Desde el fondo de la oscuridad del valle creado por los edificios se hace difícil adivinar tener un cielo en el interior, "luz del día", luz que nos acompaña desde el amanecer a la puesta del sol, sustituido por la luz de la luna que espera de nuevo la experiencia del amanecer.



Miguel Cerro

<http://www.miguelcerrocreacion.com/>















El Columpio Asesino

Rara avis del indie español

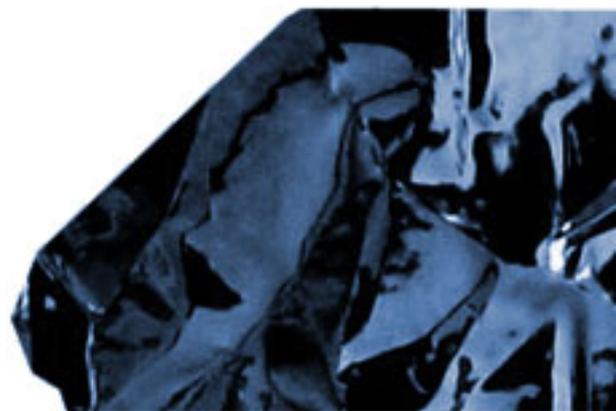
Por Rafa Simons

Cuando uno convierte la música en la principal de sus aficiones y, en realidad, hace que la pasión que siente por ella haga que deje de ser una mera afición, suele ser natural focalizar la atención en determinados géneros o escenas. Entre todas ellas, centrarse en el indie español (o en el indie hecho en español) no deja de ser un paso natural, pues por meras cuestiones idiomáticas, el impacto que éste es capaz de producir en nosotros trasciende lo puramente musical.

Esta comprensión del contenido, sin embargo, hace que en muchas ocasiones el aficionado y la crítica centren, si quiera inconscientemente, su atención en el texto, en las ideas transmitidas, relegando a un segundo plano lo musical; de manera que, frente al producto de aquí, se termine siendo mucho menos exigente que frente a lo de fuera, donde lo inaccesible del texto parece conducir al efecto contrario.

Una sensación que siempre me ha acompañado, por ello, desde que convertí al indie español en una de mis debilidades musicales, es la extraordinaria parquedad de estilos que reinan en el mismo y, sobre todo, la evidente incapacidad de sus actores para regenerarse más allá de sus propias variaciones. Sin poner nombres, pues no viene al caso, uno es capaz de predecir, sin mucho margen de error, cómo sonaran los próximos discos de sus artistas de referencia, siendo la más de las veces el contenido del mensaje lo que marca la única diferencia de estilo entre sus discos.





Frente a esta terca uniformidad, El Columpio Asesino es una rara avis, una bocanada de aire fresco que hacen desde aquí, lo que sin embargo constituye regla general más allá de nuestras fronteras, donde las grandes bandas oscilan, experimentan, arriesgan, innovan, se mueven en círculo para seguir avanzando recto... Wilco, Calexico, Animal Collective... por citar sólo unas referencias evidentes...

Ha pasado ya mucho tiempo desde que El Columpio Asesino sorprendiera a la crítica con su álbum de debut homónimo y comenzase a sentar las bases de un proyecto musical caracterizado por unos elementos que, más que trazar una línea recta homogénea, no han hecho sino dibujar continuas ondulaciones de estilo, como si estuviesen empeñados en demostrar que la personalidad propia no pasa (o no tiene por qué pasar) necesariamente por la repetición de una misma fórmula, convertida con el pasar de las canciones y los discos en una especie de "marca de la casa".

Gracias a ello, cada disco de El Columpio Asesino, e incluso, dentro de estos, cada canción, es un divertido juego de seducción para el oyente, que por el espacio de unos pocos minutos tiene que dejarse enamorar de nuevo por una propuesta que puede que no esperase, que puede que no le resulte ortodoxa, que se moverá probablemente entre guitarras punk, sonidos electrónicos, variaciones pop, letras folk y repeticiones machaconas dignas de la mejor psicodelia, pero que, sin que uno



termine de entrever muy bien por qué, no hacen sino continuar rescribiendo la espiral de una propuesta musical muy personal de tiempos medios, de recreación de ambientes densos, casi asfixiantes y de paisajes desérticos tremendamente cinematográficos. Distintos recursos, en definitiva, para recrear los mismos ambientes y obsesiones.

Si con cada disco que escucho, como melómano, siempre he tratado de aprender algo, de extraer una enseñanza que me haga mejor oyente, con los discos de El Columpio Asesino lo que he aprendido, sin duda, es que el camino más corto hacia un sonido propio, hacia eso que tan pomposamente solemos llamar "personalidad musical propia", no se encuentra la mayoría de las veces en alcanzar el dominio de un género o un tipo de canción (lógica de la repetición por la que el indie patrio parece empeñado en conducirnos) sino, la más de las veces, en ser capaz de imprimir en cada cosa que uno hace, por muy alejado que parezca estar, una visión propia y una coherencia sonora inquebrantable.

Como ellos mismos nos confesaban en la charla que tuvimos ocasión de mantener antes de su concierto en la Sala Camelot Estadio de Elche, aún no saben cómo sonará su próximo disco, pero, desde luego, ya tienen claro que no como el fantástico 'Diamantes'.

Lo dicho, una rara avis del indie patrio... eso sí, bendita rara avis...

Congélame, mi amor

Por Marta Sánchez Galíndez



El coronel Lucio Contreras y Malvina cenan en el sótano de la casa. El coronel es consciente de que Malvina está perdiendo la memoria. La memoria es como una caja llena de mariposas que dan vida a la oscuridad. Cuando esa caja se abre, aunque sea una pequeña rendija, las mariposas escapan dejando sólo tinieblas. A Malvina todavía le quedan algunas bellas mariposas en sus circunvalaciones cerebrales, pero poco a poco todas van encontrando una grieta por la que escapar. El coronel Contreras sabe que no puede esperar más: es ahora o nunca, ahora que Malvina todavía es consciente de lo que significa la palabra matar.

Malvina mira a su marido. Están cenando en el sótano, entre trastos, tuberías y muebles abandonados, utilizando como mesa un tablero colocado sobre unos caballetes. En este momento no tiene muy claro quién es ese militar con quien está cenando. Le resulta familiar, pero a ella no le gustan demasiado los militares. Y además, en el sótano hace frío.

- Escúchame, Malvina. Tienes que hacerme un favor. – El coronel Contreras suda a pesar del frío, y se estira el cuello del uniforme.-Tengo cáncer y pronto empezaré a padecer fuertes dolores. Me moriré. No quiero pasar por eso. Mira, - Se anima de repente y saca un papel doblado del bolsillo-, mira lo que he encontrado en Internet. Hay empresas que te congelan para que vuelvas a la vida dentro de doscientos años. ¿Sabes lo que eso significa? Que dentro de doscientos años me podrán curar. Pero no quiero gastar nuestros ahorros; quiero que sean para ti. Por eso esta noche necesito tu ayuda.

Malvina escucha al coronel con recelo. A ella el que de verdad le gusta es ése que sale en la tele después de comer, ése tan guapo y que le dice esas cosas tan bonitas con acento extranjero.

-Mira, Malvina. Ahora me sentaré en esa silla que está subida en la tarima, junto al congelador abierto. Me sentaré de espaldas. Sólo tienes que coger la pistola y disparar, como te enseñé. Déjame que caiga en el congelador. He dejado a nuestro notario una carta con todas las disposiciones, para que no te tengas que preocupar. Pobre Malvina,- Lucio Contreras acaricia con ternura la cara pálida y arrugada.- Alguien cuidará de ti.

El coronel se levanta y se sienta en la silla. – Como Walt Disney, Malvina. ¿Te acuerdas? Cómo te gustaba el ratón Mickey...

Malvina levanta la pistola. Un militar joven y guapo, hace mucho tiempo, le había enseñado a disparar. Más joven y guapo que este viejo. Malvina dispara, mientras con un escalofrío piensa que a ella no le gustan los ratones. El coronel cae de espaldas en el congelador abierto; con el impacto, la tapa se cierra de golpe.

Cinco minutos después suena el timbre de la puerta. Malvina abre en camión, con la pistola en la mano. Dos policías jóvenes observan incrédulos a la pálida mujer.

- Pero hombre, señora, ¿qué hace usted con una pistola? Y en camisón... Hemos escuchado un tiro. ¿Se puede saber qué estaba haciendo? Anda, tú,- le dice el policía a su compañero, - echa un vistazo.

Poco después, el segundo policía regresa del sótano. – No hay nada, sólo muchos trastos y cosas sin recoger.- Se pone el dedo en la sien, apuntando significativamente a Malvina con la cabeza.

Malvina se siente bien con los policías. Son jóvenes y guapos como su novio el de la tele. –Yo tenía un marido-, dice. - Conocía a un ratón con nombre. Mickey. Está en el congelador.

- Claro, señora. ¿Y no será más bien el Pato Donald? Ande, venga con nosotros. – El policía coge amablemente a Malvina por los hombros y entre los dos la conducen al coche, bajo una lluvia fina y persistente.– Ya volveremos a echar un vistazo. Pero antes vamos a poner a esta pobre mujer a buen recaudo.

En algún otro lugar, un ratón muerde un cable eléctrico y el chispazo lo mata, dejándolo tieso y carbonizado. Y así, un ratón muerto sin nombre propio puede ser el responsable de que, en un congelador desconectado, lentamente se empiecen a pudrir las vanas esperanzas de resurrección de Lucio Contreras, militar cobarde.

FIN





El enterrador

Por M. Carmen Vázquez Suárez



Soy Juan “el enterrador”. Mi padre era el enterrador del pueblo. Tenía poca tarea, el pobre; apenas un entierro o dos al año, aunque estos eran de los pocos momentos de alegrías que se daba el hombre. Disfrutaba mucho mi padre con su trabajo, no sólo por el entierro en sí, sino porque a todos los entierros acudía el pueblo al completo, incluida la que luego resultó ser mi madre. Una vez el difunto bajo tierra, y después de que todos hubieran cogido el camino de vuelta hacia sus casas, allí se quedaban mi madre y él haciendo de las suyas.

Sus encuentros no se limitaban a una o dos veces por año, sino que mi madre acudía cada jueves a arreglar la tumba de su difunto padre. Allí, junto a la tumba de mi abuelo, y contra la tapia del cementerio, fornicaban mi padre, “el enterrador”, y mi madre, la joven y lozana Juliana.

Yo nací en el corral de la casa de mi abuela, a donde mi madre acudió pensando que el dolor que presentaba era propio de una evacuación intestinal. Y lo que evacuó fue un niño de apenas dos kilos. Esmirriado nací y así me he mantenido por el resto de mis días. A los gritos de mi madre, asustada por lo inesperado del nacimiento, acudió mi abuela, que comenzó a llorar por la deshonra que mi madre había llevado a esa familia tan decente hasta entonces. Desde aquellos trágicos momentos mis padres convivieron en la casa de mi abuela, aún sin haberse casado.

Nací entre lágrimas y entre ellas he vivido, ya sea por que mi abuela no paró de llorar desde ese día como por que la profesión de mi padre me hizo rodear de plañideras de lágrima fácil e hipócrita. Cuando yo tenía doce años, para más desdicha de mi familia, y especialmente de mi abuela, murió mi madre. Ese fue motivo suficiente como para que mi abuela echara de la casa a mi padre.

Hace un año murió mi padre. Yo mismo me encargué de enterrarle. Era mi primer trabajo como enterrador. Fue como todos los entierros, con todo el pueblo presente dando las condolencias a la única familia del difunto que éramos mi abuela y yo. Mi abuela, como siempre, no paraba de llorar, a pesar de que ella siempre decía que era mi padre el que había llevado la deshonra a la familia.

Desde entonces yo soy el enterrador del pueblo. Sigo teniendo poco trabajo, como mi padre, pero cada viernes acude Dori "la seca" a traer flores a su madre. Allí, junto a la caseta de las herramientas, Dori y yo lo hacemos cada viernes.

Hoy estoy de enhorabuena; se ha muerto Pedro "el goloso". Me asomo al camino y veo que ya van llegando con el féretro a cuestas. Detrás, todo el pueblo. Puedo distinguir la figura de Dori "la seca". ¡ESTO ES VIDA!

Brooke Shaden

<http://brookeshaden.com/>













Sonia Pulido

<http://soniapulido.blogspot.com/>

El banquete.

Una receta mallorquina de caracoles.

1/2 Kg. por persona

- hinojo
- perejil
- mejorana
- hierba buena
- apio
- 4 ó 5 ajos
- 1 cebolla
- 1 tomate
- 2 puerros
- 1 pastilla de "Avecrem"
- 1 hojita de laurel
- 1 vaso pequeño de aceite
- 100 grs. de sobrasada
- 100 grs. de butifarra
- 5 guindillas pequeñas
- sal y pimienta
- 2 ó 3 huesos de jamón
- 200 grs. de carne magra o costilleja frita
- 1/4 de litro de leche

Preparación

Colocar todas las verduras en el fondo de la olla y los huesos de jamón. Añadir agua. Cuando empiece a hervir, incorporar la leche, la sobrasada, la butifarra y el "Avecrem". Salpimentar a gusto. Añadir los caracoles y cocinar a fuego lento. Tiempo de cocción: 3 horas.

Previamente, para limpiar los caracoles hay que dejarlos en un recipiente grande con agua, añadiendo sal, harina y 1/2 limón. Aclarar varias veces.

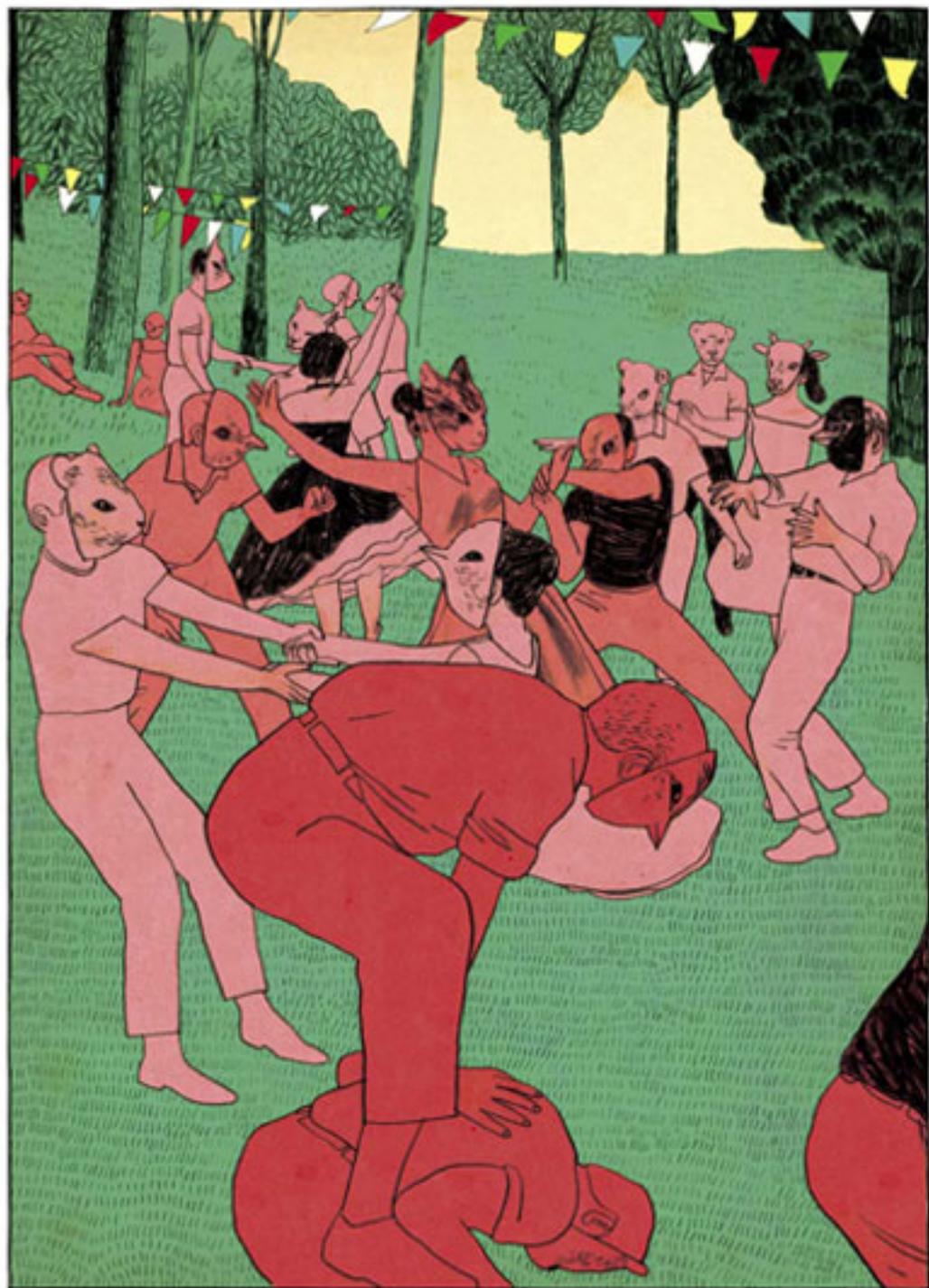


acoles









DANS LA TOMBE MES CHEVEUX CROISSENT



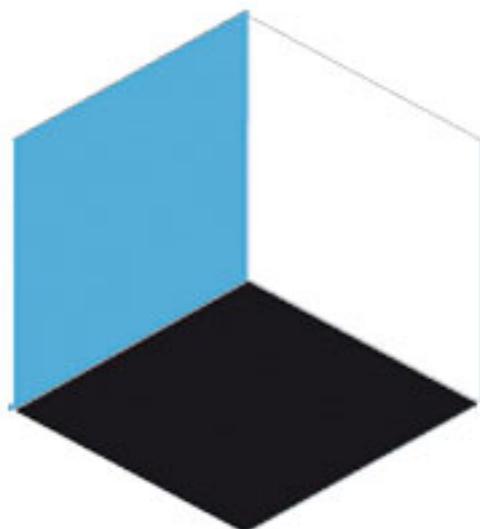
ET DANS LES SUREAUX VIVENT DES ÉTRANGERS





Capricho

Por M^a José Alés



Hay palabras que huelen.

Todas suenan,

pero las hay que huelen.

No he descubierto nada.

Los lectores evocarán algunas,

pronunciándolas luego en su memoria,

sin demasiado esfuerzo.

El verbo tiene vida y su sentido

depende del humor y del momento.

Unas serán hermosas,

otras soeces y hasta repulsivas.

Pongamos un ejemplo:
la palabra "capricho"
en esta tarde huérfana de gozos,
cautiva en un recinto cerrado por el tedio,
a mí me huele a Sur y a primavera,
a infancia y a buñuelos,
a lavanda y a mares de verano,
a música y a encuentro,
al mosto del lagar en el otoño,
al rito de la nieve en el invierno,
al beso que no di y anda perdido
por las veredas del resentimiento.
Estimula mi olfato la nostalgia esta tarde,
consciente de que en tiempos venideros,
quizá desaparezca o se confunda
con caprichos de viejo.
Hay palabras que huelen,
y capricho,
a mí me huele a ti,
amor primero.



Próximo Número

Incondicional

Por Rosendo Martínez Rodríguez



Me gusta recordarlo aún como algo cotidiano. Suelo hacerlo las noches en que me olvido, ésas en las que no me importan las dimensiones de la cama. Surgen primero las botitas rojas de piel artificial, con medio tacón y que apenas le cubrían los tobillos. Luego la sonrisa que con los años aprendí a descubrir, contenida en labios de carmín profundo, desconectada abismalmente de la realidad, aislada. La primera vez que noté esa felicidad tan oculta, de volcán estable, fue varios meses después de nuestro primer encuentro, cuando le confesé que estaba casado. Claro que ella ya lo sabía, sólo tuvo que hacerse la dolorida mientras yo miraba desconcertado la sonrisa al final del laberinto. Desde entonces ya no hubo forma de olvidarla. Abro los brazos en la inmensidad de la cama y miro la oscuridad; pero no estoy mal, en realidad no me importa.

Normalmente era yo el que llamaba, dos o tres veces al mes, dos o tres veces a la semana, dos o tres veces al día. Me sacaba de mí, me cabreaba, me hacía jurarme el final cada vez que me colgaba o me encontraba con su buzón de voz. Luego ella un toque, sólo un tono de teléfono y yo apenas resistía unos minutos para llamarla haciéndome el indiferente, agarrándome la barriga para no explotar. Era la voz, una voz de caricia fina y constante, la que me humillaba día tras día, la que me hacía imaginármela sentada en el coche, las botitas estiradas bajo el salpicadero, las manos ordenadas y obedientes sobre la falda, el pelo largo, larguísimo, recogido a un lado y descubriéndole el cuello mientras miraba callada por la ventanilla. Entonces le decía que teníamos que vernos, que haría un hueco para ella, y sus labios al otro lado del auricular me lanzaban palabras cualquiera que yo traducía en deseos, excusas para no quedar nunca más de una vez por semana. Luego, nada más colgar, me daba cuenta de que jamás me decía nada.

La noche de San Juan ardía la playa más que ningún año. Nosotros andábamos en el cerro, ocultos como siempre, asomados

tímidamente al espectáculo. Habíamos montado también nuestra hoguera, modesta y firme, que nos alumbraba las piernas junto al precipicio. Hacía más de cinco años que nos encontrábamos regularmente, pero casi nunca jornadas completas, algunas noches interrumpidas por el despertador, asaltadas por un beso de despedida, víctimas del maquillaje y de la coquetería con que siempre se adornaba la más dulce y lisa juventud, mientras yo observaba desde la cama la luz que salía del baño antes del adiós, un adiós cargado siempre de sus engaños.

Aquella noche descubrí que no podría superar su tristeza, que apenas me tendría que conformar con el reducto de su sonrisa oculta, que no me dejaría llegar más allá. Y era su cuerpo delgado, incapaz de alimentarse con ilusión, el que derrotaba mis brazos sin esfuerzo. Se fue perdiendo cada palabra entre nosotros cuando yo dejé de pronunciarlas, cuando me hice su silencio y aprendía a mirar la nada con sus ojos. Entonces ya no quedó más que la piel, la piel lisa y fría; y al abandonarla allí en el cerro, sentada al borde del acantilado, apenas se giró un instante para recogerse el pelo sin mirarme.

Cuando le dije a Claudia que no era depresión lo mío, que me había pasado cinco años engañándola con una extraña a la que amaba, con unos labios carmín intenso, su expresión se convirtió en ceniza, y la mía en el último alegato ridículo. Después de diez años de matrimonio, jamás recuerdo otra expresión de Claudia, apenas recuerdo a Claudia. Soy incapaz de pensar en nuestro matrimonio sin que aparezcan las dos botitas rojas, el cuello blanco y tenso sosteniendo el infinito de su mirada por la ventanilla del coche, las manos siempre quietas.



Noviembre 2011 - Opticksmagazine.com



¡ÑAM!